

Morir con los ojos abiertos



Primera página del diario Expressen donde se anuncia la muerte de Lundkvist

Murió el 11 de diciembre, un día después de la entrega del Nobel a Naldine Gordimer, otra de las figuras que él había sido el primero en presentar.

Unos días antes de morir, lo visitó en el hospital Octavio Paz, que había llegado a Estocolmo para la celebración del centenario del premio que había recibido el año anterior y al que Lundkvist tanto había contribuido. Aquella sencilla despedida con muy pocas palabras pero llena de emoción era el mejor reconocimiento de dos colegas que se admiraban mutuamente. Paz comentó así la visita: "La expresión de sus ojos azules le daba presencia, aunque estaba muriéndose. La mirada de Artur era tan vital como siempre.

Lo conocí hace 25 años en París y hemos seguido siendo íntimos amigos. Fue mi primer traductor al sueco.

No fue sólo un gran escritor. Lo que lo convertía en una de las personas más estimulantes que he conocido era sobre todo su mente despierta y crítica. Andaba siempre en expediciones de descubrimiento en la literatura moderna y se convirtió en un extraordinario guía para la creación poética en

los cinco continentes. Y la dirección de viaje la decidía su enraizamiento en la tradición modernista. Lo hizo insuperable como guía y aprendí mucho de nuestras cartas y conversaciones. "

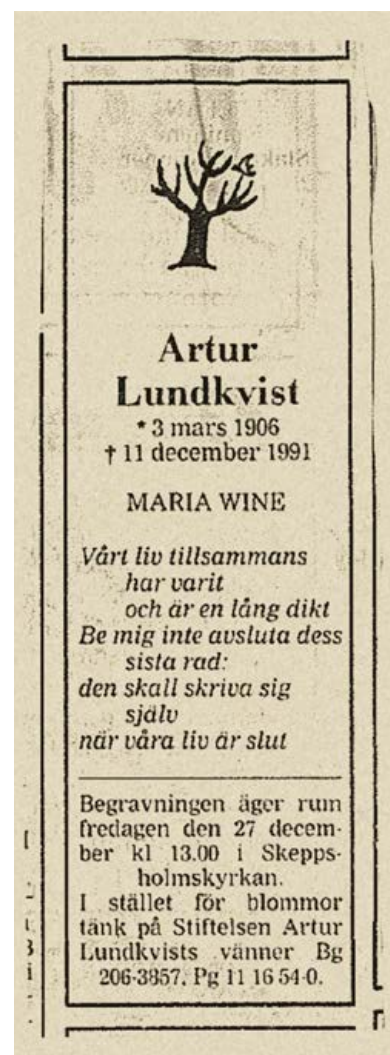
En aquella sencilla despedida Paz no puede olvidar la intensa y luminosa mirada de Artur, la misma de los años de París en aquel cuerpo casi sin vida. La del soñador con los ojos abiertos.

En la esquila que publicó la prensa había unas líneas de un poema de su esposa Maria Wine

Nuestra vida común
ha sido
y es un largo poema.
No me pidas que termine
el último verso:
se escribirá él mismo
cuando nuestras vidas se hayan apagado.

y un ruego: "En lugar de flores, piense en la Fundación Lundkvist", y debajo el número de una cuenta de banco.

Su esposa Maria Wine termina su libro de memorias *Minnena vakar* con el siguiente poema:



Esquila

Desolación

Ella siguió viviendo su vida
en la habitación donde él había muerto
para poder seguir respirando siempre
sus últimos suspiros
reflexionar sobre las últimas
ideas que él pensó—
Se metía en las ropas de él
se sentaba en su sillón
y leía y leía una y otra vez
el último libro que él había leído
pero nunca pasaba de la página
a la que él había llegado—

Llevaba en su muñeca
el reloj de pulsera de él
que había hecho tic-tac a la velocidad de su
pulso vivo
y lo hacía débilmente al compás
del pulso renuente y triste de ella
Comía con los cubiertos de él
bebía de su taza favorita
Se peinaba con el peine de él
delante de su espejo
Se quedaba largos ratos mirando
al espejo buscando inquisitiva
como si esperase que la profundidad
le fuera a devolver por compasión
el rostro de él

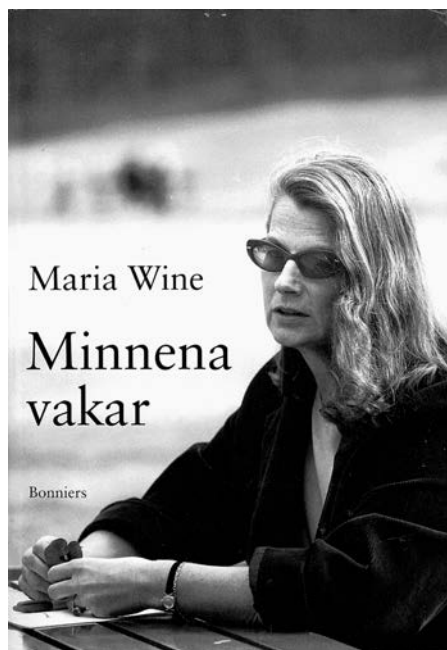
Con dedos llorosos
rompió
cartas que seguían martirizándolo
y todas las cartas que pretendían consolarla
Se hablaba a sí misma
pero con las sabias palabras de él
y solía meter sus solitarias
manos en la oscuridad de los guantes de él

Dormía en su cama
se ponía su pijama
apoyaba la cabeza en su almohada
en el hoyo que él había dejado allí
y antes de entregarse a la noche
pedía soñar los sueños de él
y que se la llevaran con ellos volando—

El funeral laico se celebró el día 27
en Skeppsholmskyrka, la iglesia des-
cralizada ubicada en la isleta donde está
el museo Moderno.

La ceremonia sueca termina con
los asistentes pasando ante el féretro,
deteniéndose ante él un momento para
dedicar al muerto un pensamiento. Y

entonces ocurrió lo siguiente: Un negro
poderoso se inclinó sobre el ataúd, como
queriendo sujetar con las manos al ami-
go que se marchaba, y cantó a capela la
melancólica canción sueca *Vem kan segla
förutan vind*, con la voz de un espiritual.
Nos dejó sobrecogidos a todos. Nunca
habíamos vivido un fusión tan natural
de dos culturas.



Cubierta del libro *Minnena vakar* de Maria Wine

Era Bill Tatum . ¿Quién? Bill, un
norteamericano, luchador por los de-
rechos civiles, al que, en los años 60,
volviendo a su ciudad lo llamaron “Ní-
gger”. Bill le pegó una buena paliza al
insensato, pero al llegar a su casa se echó
a llorar y decidió dejar su país.

Había conocido a Gunnar Myrdal,
sociólogo y economista sueco, Premio
Nobel de economía, que le había dado
su teléfono y alguno más, y se decidió
por Suecia.

Al llegar a Estocolmo se encuentra
con la sorpresa de que Myrdal está en
EE UU. Marca otro número de teléfono.
No sabe bien a quién llama. Es el de Sun
Axelsson, escritora sueca, (la misma
Sun que me puso a mí en contacto con
Lundkvist). Habla con ella, va a verla,
pero ella se va a Grecia al día siguiente.
“Quédate en el piso —y toma estas
fichas para el gas, así podrás cocinar.”
Y le da el teléfono de Artur Lundkvist.
Bill lo llama y le dice que Sun le ha dado
su teléfono y que es una persona que
escribe: “Ven y trae lo que escribes”, oye

al teléfono. Lundkvist lo invita a comer
su plato favorito, *lutefisk* (bacalao mace-
rado en una solución de sosa cáustica)
con una salsa blanca y patatas cocidas.
“Un pescado horrible que tragué como
pude”, recordaba Bill años después)

A Lundkvist le gusta lo que escri-
be, lo recomienda al periódico en que
colaboraba y preparan una serie de
artículos con el tema *Ser negro en los EE
UU blancos*.

Bill no olvida la acogida de Sun,
ni sus fichas para el gas, ni la de Artur
y menos la confianza que le dan en su
valía. Ello le proporcionó la energía
necesaria para volver a EE UU, donde
decide ganar dinero para reivindicar
la dignidad de los negros. Compra,
con uno grupo de amigos, un pequeño
periódico, *Amsterdams News*, del que es
director. Luego va haciéndose con un
pequeño imperio de emisoras de radio y
compra, con otros interesados, el legen-
dario Apollo Theatre.

Ha seguido viajando a Suecia
regularmente y lo hace de inmediato
al conocer el estado de salud de Lund-
kvist. Le trae un libro: la edición inglesa
del que escribió Lundkvist después de
su enfermedad, con prólogo de Carlos
Fuentes. Y su agradecimiento. No se
olvida.

Esa es la semilla de Artur. Esa for-
ma de acoger por la literatura — a Jus-
to, a René, a Marina y a mí, a Bill...—
esa sencillez, ese trato de igual a igual,
no aplastar nunca con sus conocimien-
tos, ese apoyo. Siempre. A todos.

No pudo expresarse mejor el agr-
decimiento el día de su entierro que con
aquella fusión natural de culturas. Allí
había mucha gente— representantes de
la Academia y muchos compañeros—
pero nadie tradujo mejor la labor de
Artur, su manera de ser, que Bill Tatum,
rescatado por Sun, María y Artur del
desprecio racial.

Podíamos haber cantado Justo Jor-
ge y René, Birgita Trotzig y Lasse Söder-
berg, Marina y yo, J C Lambert y Folke
Isaksson, y tantos otros, la humanidad
de Artur, su generosidad con personas a
las que no conocía... Y no sólo generosi-
dad en la difusión de la literatura.

El soñador con los brazos abiertos.